JACINTO BENAVENTE
Premio Nobel de Literatura de 1922.

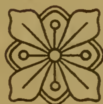


ALFILERAZOS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA



Estrenada en el Teatro Avenida, de Buenos Aires, el 18 de junio de 1924, y en el Teatro del Centro, de Madrid, en la noche del 5 de octubre de 1925.



Administración de las obras teatrales
de JACINTO BENAVENTE
Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas: de dos y media a cinco.
1925

ALFILERAZOS

JACINTO BENAVENTE

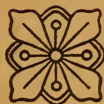
Premio Nobel de Literatura de 1922.

5

ALFILERAZOS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Avenida, de Buenos Aires, el 18 de junio de 1924, y en el Teatro del Centro, de Madrid, en la noche del 5 de octubre de 1925.



MADRID
LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)
Calle del Arenal, núm. 11.
1925

Madrid. — Imp. de la Lib. y Casa Edit. Hernando (S. A.), Quintana, 31.

A Enrique Borrás,

con la admiración y el cariño de

Jacinto Benavente.

REPARTO DEL ESTRENO DE LA COMEDIA EN BUENOS AIRES

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA TERESA..................	IRENE BARROSO.
MARQUESA DEL SAGRARIO....	CONCEPCIÓN ARANAZ.
DOÑA ROSA.....................	ADELA CALDERÓN.
PURITA...........................	ISABEL BARRÓN.
CAROLINA.......................	AMÉRICA BARROSO.
MARIONA........................	MARÍA DE ALBÉNIZ.
DON REMIGIO..................	ENRIQUE BORRÁS.
MARTÍN..........................	FRANCISCO COMES.
PÉREZ MARTÍNEZ..............	JOSÉ GONZÁLEZ MARÍN.
MARQUÉS DEL SAGRARIO......	FERNANDO SALA.
ANSÚREZ........................	JUAN CATALÁ.
TOMÁS...........................	LUIS BARRAYCOA.

REPARTO DEL ESTRENO DE LA COMEDIA EN MADRID

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA TERESA...................	JOSEFINA SANTAULARIA.
MARQUESA DEL SAGRARIO....	MARÍA CANCIO.
DOÑA ROSA....................	ADELA CALDERÓN.
PURITA........................	AMPARO ÁLVAREZ SEGURA.
CAROLINA......................	GUILLERMINA MORENO.
MARIONA......................	CARMEN GARCÍA REQUENA.
DON REMIGIO..................	ENRIQUE BORRÁS.
MARTÍN........................	FRANCISCO COMES.
PÉREZ MARTÍNEZ..............	JOSÉ GONZÁLEZ MARÍN.
MARQUÉS DEL SAGRARIO.....	JOSÉ GALENO.
ANSÚREZ......................	JOSÉ RIVERO.
TOMÁS.........................	LUIS BARRAYCOA.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de don Remigio.

ESCENA I

MARIONA y MARTÍN.

MARIONA Pase usted; tome usted asiento. Los señores están en el baño.

MARTÍN ¿Los dos?

MARIONA Cada uno en el suyo, ¿qué se cree usted? Cuatro baños hay en la casa. ¡Y lavatorios no se diga! Para mí tengo uno que, ¡válgame Dios! ¡No será la hija de mi madre la que se zambulla allí dentro!

MARTÍN Pues a Remigio a sus años tampoco puede sentarle. Ya lo dice el refrán. Eso estará bien para allá, para las Américas, que la calor es mucha, pero ¿aquí?, ¡pase en verano algunas veces!

MARIONA Lo mismo que lo de mudarse todos los días. ¡Señor, limpia va la ropa al lavadero! ¡Que no quiera usted saber la maquinaria que han puesto! ¡Cosas de la letricidad! Yo no ando en ello, y Dios me libre. Tomás es el que lo entiende. Lo mismo que el fregado de los platos y el barrido. ¡Qué cosas; no quiera usted saber! Todo por la letricidad. ¡Inventos!

MARTÍN Adelantos dicen; bueno es todo. La lástima es morirse sin poder ver lo que ha de verse todavía. ¡Ya ha visto uno cosas en los años que tiene, Jesús!

MARIONA. Miedo da, sí, señor. Aún mi madre no consintió nunca subir en un tren; si ahora viera esos coches que corren más aprisa que el tren, y esos que vuelan por el aire... ¡Del demonio o de Dios tienen que ser esas cosas, que de los hombres no es posible!

MARTÍN De todo hay parte.

MARIONA Aquí está el señor. Señor, aquí tiene usted a don Martín que llegó hará poco. ¿Manda algo? Con su permiso. *(Sale.)*

ESCENA II

DON REMIGIO y MARTÍN

D. REMIGIO *(Vestido con un pijama.)* ¡Hola, Martín!

MARTÍN ¡Hola, Remigio! Muy lechuguino vistes.

D. REMIGIO Un pijama, un traje de mañana. Es cómodo.

MARTÍN No irás así por la calle.

D. REMIGIO Calla, hombre. ¿Qué quieres tomar? ¿Has desayunado?

MARTÍN Sí. ¡A estas horas! No quiero nada. ¿Y tu señora?

D. REMIGIO ¿Mi mujer? Por allí dentro; ya la verás. No quieres venir por aquí; desde que llegué apenas nos hemos visto.

MARTÍN Yo no sé si tú eres gustoso en verme.

D. REMIGIO ¿Quieres callar? Yo soy el mismo. ¡El mismo! Tan amigo tuyo como lo era aquel Remigio que se despidió de ti, sólo de ti, lo sabes, hará... ¡Más vale no acordarnos!

MARTÍN Bien hará los cuarenta años.

D. REMIGIO Sí, eso... Y no se te ocurre pensar que yo pueda ser otro para ti ni para nadie; a mí el dinero no

me ha vuelto loco, y menos tonto, ¡que te conste! Además, ¿a quién tengo yo aquí? ¿Familia? Ya no queda ninguna, por suerte; ¡poco valía la que quedaba! ¿La tierra? Si vieras que al volver me ha parecido tan triste, tan mísera. ¡Qué poco habéis adelantado en tantos años! ¡Lástima me da!

MARTÍN Eso ya lo sabía yo que no te encontrarías aquí, que no tardarás en volverte.

D. REMIGIO No, eso no. Aquí me entierran sea como sea. Allí también he pasado mucho; allí quedaron los hijos; unos muertos, otros perdidos, peor que muertos, en los años malos... No creas que todo fué llegar y tener dinero.

MARTÍN Ya me lo figuro.

D. REMIGIO Hubo días muy negros. Lo que tiene que allí todo lo aguanta uno; como no hay a quién volver los ojos, una de dos: o te dejas morir o sales adelante, y dejarse morir no es cosa.

MARTÍN Tú saliste adelante. ¡Bien forrado vienes!

D, REMIGIO No puedo quejarme.

MARTÍN Pues ahora a disfrutar en el descanso.

D. REMIGIO No, el descanso no; no va para mi carácter.

MARTÍN ¿Aún quieres más, ambicioso?

D. REMIGIO Para mí, no. Ahora trabajaré para los demás; para esta tierra nuestra a la que se quiere a pesar de todo. Tú no sabes lo que se la quiere desde allí, y ya ves que yo nada tenía que agradecerla. ¡Hambre y trabajos! Pero aún así, nombrarla sólo, oirla mentar, leer su nombre...., de lágrimas se te llenaban los ojos.

MARTÍN Ya me han dicho que piensas regalar una escuela.

D. REMIGIO Sí, una buena escuela modelo; con los planos ando. Y quiero arreglarles ese hospital, que es una vergüenza, y otro centro para los artesanos.

MARTÍN Muchas cosas son; dinero va a costarte.

D. REMIGIO Para todo hay. Somos solos Teresa y yo.

MARTÍN ¿Te salió buena?

D. REMIGIO Buena, buena la pobre. Mucho hemos pasado juntos; nuestras penas, las penas de los hijos. Lo único que nos queda es hacer todo el bien que podamos, por nosotros y por los muertos queridos. Los padres que aquí quedaron y los hijos que allă perdimos. Tú, por tu parte, ¿cómo andas? Apenas hemos hablado.

MARTÍN Pues ya lo ves, trabajo mucho. Aún estoy más solo que tú; con lo que tengo me sobra. Vivo tranquilo, y ahora contento de tenerte aqui, y sintiendo que tú no lo estés como yo.

D. REMIGIO Sí, ¿no he de estarlo? Ya verás en cuanto empiece los trabajos.

MARTÍN No; los trabajos..., si por trabajos dices albañiles, carpinteros..., eso no es nada. Los trabajos te los darán otros.

D. REMIGIO ¿Quién ha de dármelos?

MARTÍN Las personas, la gente.

D. REMIGIO ¡Bah!

MARTÍN ¿Quién ha venido a visitarte? Quiero decir de lo principal.

D. REMIGIO Aún no hemos ofrecido la casa; pero ya vendrán.

MARTÍN Sí, en cuanto sepan que traes dinero, que estás dispuesto a gastarlo, ya vendrán, ya.

D. REMIGIO Vengan por lo que vengan; y si no vienen..., no creas que aquellas son tierras de mucho trato tampoco.

MARTÍN Éstas de trato sí son; ya hablan todos más de la cuenta.

D. REMIGIO ¿De mí? Deja que hablen; para malo no podrá ser, y cuando sepan que sólo estoy dispuesto a hacer bien, a dejar un buen recuerdo de mí en estas tierras...

MARTÍN Eso sí.

ESCENA III

DICHOS y TOMÁS.

TOMÁS Un señor, que dice que es de un periódico, que si puede ver al señor.

MARTÍN Ya; éste será Pérez Martínez, el del diario de aquí. Buena persona. Puedes verle. No traerá nada malo.

D. REMIGIO Que pase. Voy a vestirme un poco; recíbele tú; di que salgo en seguida.

MARTÍN Sí, sí. *(Sale Remigio.) (A Tomás.)* Dile que pase.

ESCENA IV

MARTÍN y PÉREZ MARTÍNEZ.

P. MART.nez ¿Don Remigio?

MARTÍN Vendrá en seguida. Siéntese usted. ¿Usted no me conoce?

P. MART.nez Sí, creo recordar.

MARTÍN Andamos tan distintos. Yo, claro está, a usted si le conozco. ¿Quién no le conoce?

P. MART.nez Gracias.

MARTÍN Pues, como digo, Remigio saldrá en seguida.

P. MART.nez Usted es amigo antiguo de la casa.

MARTÍN De la casa, no; porque la casa no puede ser más nueva.

P. MART.nez Ya, ya. Y es magnífica, la mejor que había en esta destartalada ciudad. Yo no sé como los Condes han consentido en venderla.

MARTÍN Ellos no venían nunca por aquí; se la pagaron bien.

P. MART.nez Eso sí. Don Remigio viene opulento. Dicen que tiene grandes planes, obras en proyecto, ¡falta

hacía!; este pueblo vive en perpetua modorra. Dígamelo usted a mí que vengo luchando un día y otro desde mi periódico, para recoger en pago insidias, malevolencias, desprestigio. La llegada de un hombre como don Remigio, que vuelve de países abiertos a todas las grandes ideas, a todas las grandes iniciativas... ¿Usted podrá anticiparme algo de lo que piensa hacer don Remigio?

MARTÍN Yo se lo que él me ha dicho. Me habló de una escuela.

P. MART.nez ¡Admirable! Una escuela a la moderna, con un profesorado inteligente, abierto a todas las grandes corrientes del espíritu, con material modernísimo, práctico, sin libros, nada de libros, aire, luz, sol, deportes. Mucho tendremos que luchar contra las rutinas de los viejos sistemas, las eternas rémoras. El diario se consagrará desde ahora al servicio de esa gran idea. A eso he venido, a ofrecerme a don Remigio para todo; seré su más fiel aliado. ¡Hemos de necesitarnos tanto, tendremos que luchar tanto!, porque don Remigio tal vez haya olvidado lo que es este pueblo, lo que son estas gentes.

MARTÍN Sí, me parece. ¡Ya irá sabiendo! Aquí le tiene usted.

ESCENA V

DICHOS y DON REMIGIO.

D. REMIGIO Servidor de usted.

P. MART.nez Señor don Remigio, perdone usted que me haya presentado yo solo. Es para mí un honor saludar a las personas distinguidas que llegan a nuestro pueblo, y mayor satisfacción cuando se trata de quien, como usted, ha nacido en él, y después de largos años de ausencia vuelve a traernos lo que

tanto necesitamos: ideas de progreso, de cultura, grandes y fecundas iniciativas.

D. REMIGIO Muchas gracias, señor, muchas gracias. Siéntese usted, hágame el favor. ¿Usted es el director del diario?

P. MART.nez Sí, señor, del diario; un diario que representa doce años de lucha incesante, amarga. Su amigo de usted podrá decirlo. Combatido por los elementos reaccionarios, combatido también por los elementos liberales, combatido por todos; no digamos por las señoras, aunque éstas todavía transigen con mi diario, gracias a una crónica de sociedad y modas que publico los sábados en un número especial que no trae más que tonterias: versos, modas, pasatiempos, deportes. ¡Así hay que vivir! Ya habrá usted podido apreciarlo. Usted viene de países abiertos a todas las corrientes progresivas y culturales, en donde el trabajo tiene un valor.

D. REMIGIO Eso sí.

P. MART.nez Aquí si no quiere usted ser combatido, no haga usted nada, no piense usted en nada, no emprenda usted nada.

D. REMIGIO Eso en todas partes es lo más descansado, pero así no se vive.

P. MART.nez No hable usted aquí de vida; les asusta, les perturba. Usted ha olvidado ya lo que somos; usted salió de aquí muy joven. Cuando usted salió, según dicen, era otra cosa dentro de la modorra; la vida era siquiera patriarcal, sencilla.

D. REMIGIO Yo no sé decir a usted cómo era. Me quedé sin padres muy niño. Viví con mi familia, pero familia que no lo parecía. Me escapé, porque fué escaparme a la ventura, y con muchos trabajos, y pasando lo que ahora me parece hasta mentira haber pasado, he vuelto... ¡Qué sé yo decirle a usted!..., porque parecía que tiraban de mí. Era un desasosiego..., no tenía descanso...

P. MART.nez Sí, el amor a la tierra en que se ha vivido es más que un sentimiento, es un instinto.

D. REMIGIO No sé lo que será, pero ello es, y así he vuelto.

P. MART.nez Y yo me felicito, y todos debiéramos felicitarnos, y todos debieran felicitarse doblemente cuando viene usted a traernos aires nuevos, cultura, civilización; a eso he venido, por creerlo un deber primordial de mi parte, a ofrecerme a usted para todo incondicionalmente.

D. REMIGIO Muchas gracias, señor.

P. MART.nez Y ahora, ¿tendrá usted la amabilidad de comunicarme algunas de sus ideas?

D. REMIGIO ¿Ideas?... Hacer lo que se pueda en bien de todos.

P. MART.nez Se habla de una escuela.

D. REMIGIO Sí, señor. Creo que es lo más necesario. Yo he pasado tanto por no saber, porque no me enseñaron.

P. MART.nez Una escuela a la moderna, ¿no es eso? Tendrá usted que luchar con insuperables obstáculos. Los elementos reaccionarios vendrán a ofrecerle a usted su cooperación interesada; pretenderán que la escuela sea una escuela más: un foco de obscurantismo y de incultura. Le propondrán a usted los sistemas más anticuados, más absurdos.

D. REMIGIO Es posible.

P. MART.nez Pero usted me tendrá a su lado. Lucharemos contra todos. La escuela será lo que debe ser.

D. REMIGIO Sí, una buena escuela. Yo he visto algo; tengo mi idea.

ESCENA VI

DICHOS y DOÑA TERESA.

D.a TERESA ¡Remigio! *(Viendo a Pérez Martínez.)* ¡Ah! Ustedes perdonen.

D. REMIGIO Mi señora.

P. MART.nez Señora, a los pies de usted.

D. Remigio Aquí tienes a Martín.

D.ª Teresa ¡Ah!

D. Remigio La pobre no oye muy bien.

Martín ¿Cómo va?

D.ª Teresa Bien, ¿y usted? Perdonen que haya entrado así.

P. Mart.nez ¡Por Dios, señora! Está usted en su casa.

D.ª Teresa Ha venido un criado de parte de los señores marqueses del Sagrario.

D. Remigio ¿De los señores marqueses?

D.ª Teresa Sí, a preguntar qué hora sería buena para visitarnos y darte las gracias.

D. Remigio Le habrás dicho que a cualquier hora.

D.ª Teresa Eso he dicho. Siéntense ustedes.

P. Mart.nez Ahí tiene usted esa visita. Empiezan las asechanzas.

D. Remigio No creo. La señora Marquesa me envió una circular de esa Junta que ella preside, le envié un donativo sin importancia y vendrá a agradecerlo.

P. Mart.nez Desconfíe usted, y créame usted, don Remigio, no se signifique usted demasiado con las señoras de la Junta.

D. Remigio Me pareció que la obra era una buena obra. Socorrer a los pobres enfermos, a las madres pobres, recoger huérfanos.

P. Mart.nez Sí, pero todo con un espíritu mezquino de intransigencia. Fomentando el espíritu de clases entre los necesitados, estableciendo una aristocracia de la necesidad: pobres sumisos y pobres rebeldes. ¡Caridad partidista!

D. Remigio No me negará usted que hay pobres buenos y malos, unos más dignos de ser atendidos que los otros.

P. Mart.nez Sí, pero es que para ellos los buenos son los suyos; los malos son los otros. No se deje usted sugestionar, don Remigio. Claro es que si se indispone usted con esas señoras, si no se pone usted en sus manos, le harán a usted la vida imposible, y más que a usted a su señora.

D. Remigio ¿A mi señora? ¿Por qué? ¡Pobre Teresa! Un pedazo de pan. Eso sí que no lo consentiría yo.

P. Mart.nez Ya verá usted, ya verá usted. Créame usted. En torno de su persona y de los proyectos de usted se ciernen ya muchos intereses encontrados. Se preparan grandes batallas.

D. Remigio Pero, señor, si yo aún no he dicho nada. Si yo mismo aún no sé lo que haré. Si yo no he venido a meterme con nadie.

P. Mart.nez Pero todos se meterán con usted. Por fortuna no estará usted solo. Don Remigio, usted tendrá mil atenciones. No le molesto más. Sé que hemos de ser grandes amigos; sé que ha de acudir usted a mí, y sabe usted que siempre, siempre, en toda idea, toda, me tendrá usted a su lado. Señora, beso sus pies. Caballero. Don Remigio, hasta siempre, no se moleste, hasta siempre. *(Sale.)*

ESCENA VII

DOÑA TERESA, DON REMIGIO y MARTÍN.

D.a Teresa ¿Quién es?

Martín El director del periódico, del diario.

D.a Teresa ¡Ah, sí!

D. Remigio Parece hombre listo.

Martín Sí, y aunque él dice que está a mal con todo el mundo, no le creas; él vive con todos.

D. Remigio Lo supongo.

Martín Hoy pega de un lado, mañana del otro; pero todos le buscan. ¡La vanidad de verse en los papeles!

D. Remigio Sí, cuando hablan bien de uno, es agradable.

Martin Si no mandas nada...

D. Remigio Qué he de mandar; que comas con nosotros. ¿Vas a venir aquí de cumplimiento?

Martín Es molesto.

D. Remigio ¡Cállate! Teresa, Martín come con nosotros.

D.ª Teresa Muy bien; me alegro. Me hablaba mucho de usted.

D. Remigio Ya lo oyes. ¿Qué te creías, despegado?

Martín ¿Por qué no creerte? Yo no tenía con quién hablar aquí de ti; pero acordarme...

D. Remigio También lo creo.

ESCENA VIII

Dichos y TOMÁS.

Tomás ¡Señor, señor!

D. Remigio ¿Qué hay?

Tomás Los marqueses del Sagrario con su hija.

D. Remigio Hazles pasar en seguida. ¡Los Marqueses!

Martín ¿Lo ves? Yo me voy.

D. Remigio ¡Quita! ¡Espera ahí! No será larga la visita tan de cumplido. Vamos, ahí tienes periódicos y cosas de allá para entretenerte viendo. *(Sale Martín.)*

ESCENA IX

DOÑA TERESA, DON REMIGIO, los MARQUESES y CAROLINA.

D. Remigio ¡Señores, tanto honor!

Marqués ¡Señora!

D.ª Teresa ¿Cómo están ustedes? ¿Es su hija? ¡Muy linda!

D. Remigio Siéntense ustedes aquí, señora Marquesa, señor Marqués. Siento que se hayan anticipado ustedes a visitarme.

Marqués ¡Por Dios, no faltaba más! Tenemos mucho gusto.

Marquesa Yo deseaba dar a usted las gracias por su espléndido donativo, que, créame usted, ha llegado en la mejor ocasión, porque nos hallamos verdaderamente necesitadas. Usted ya conoce nuestra obra.

D. REMIGIO Sí, señora Marquesa, ya he leído el librito que tuvo la atención de enviarme la señora Marquesa. ¡Una buena obra!

MARQUESA ¡Luchamos con tantas dificultades! Y lo más triste es la ingratitud. ¡Ah, sí, señor!, los pobres son muy ingratos; se les socorre por amor de Dios, porque ellos, crea usted, con raras excepciones, no lo merecen.

MARQUÉS No lo digo sólo por mi mujer; pero estas señoras de la Junta, yo se lo digo siempre, ganan el cielo.

D.ª TERESA Muy linda la señorita. ¿Cómo se llama?

MARQUESA Carolina, como su abuela paterna. Carolina Amalia, nombres de reina.

D. REMIGIO No oye muy bien la pobre.

MARQUESA ¡Carolina Amalia!

D.ª TERESA ¿Tienen ustedes otra?

MARQUESA No, señora; niñas nada más que ésta, y dos varones mayores que ésta.

D.ª TERESA ¡Por muchos años! ¿Ya tendrá novio?

MARQUESA ¡No, por Dios! ¿Quién piensa en eso? ¡Es muy joven!

D.ª TERESA Eso sí; pero es la edad.

MARQUESA ¡No, no, por Dios! No me hable usted de bodas. *(Mas alto, al comprender que no la ha oído.)* ¡No me hable usted de bodas!

MARQUÉS *(A don Remigio.)* Habrá usted encontrado grandes transformaciones en este pueblo.

D. REMIGIO Algo ha mejorado, sí.

MARQUÉS Al contrario, yo creo que empeora. El aspecto exterior, no digo; pero las gentes... Sáqueme usted dos o tres familias, no puede uno tratarse con nadie. Yo no me he trasladado a Madrid con mi familia definitivamente, aunque pasamos allí grandes temporadas, porque creo un deber de las clases directoras no fomentar el absentismo. Si las personas que representamos algo dejamos a estos pueblos abandonados, en poder de cuatro perturbadores, ¿dónde iríamos a parar? Usted no

tiene idea de adónde hemos llegado en estos últimos años; no se respeta nada, no hay freno.

MARQUESA Las otras señoras de la Junta también quieren visitar a ustedes; todas estamos muy agradecidas.

D.ª TERESA De nada, señora Marquesa.

MARQUESA ¡Y esperamos tanto de ustedes! Ya nos han dicho que su esposo piensa levantar una escuela. ¡Una escuela!

D.ª TERESA Eso quiere.

MARQUESA Bien necesitados estamos de ellas. Escuelas Cristianas. Supongo que habrá usted pensado en los padres del Espíritu Santo. No hay otros como ellos.

D. REMIGIO Aún no he pensado.

MARQUESA Pues no piense usted en otros. Estamos minados por las ideas disolventes; yo no sé adónde vamos a parar. ¡Que no sé adónde vamos a parar!

D.ª TERESA Sí, señora, sí.

MARQUÉS ¡Qué exigencias en la gente baja! ¡Qué pretensiones! ¿Querrá usted creer que ayer se me presentó una criada diciendo que venía a pretender a nuestra casa porque ya había tomado informes de mí y se los habían dado muy buenos? ¿Qué le parece a usted, señora?

D.ª TERESA Que antes lo hacían, pero no lo decían.

CAROLINA *(Bajo a la Marquesa.)* ¿Qué dice esta señora?

MARQUESA *(Bajo a Carolina.)* ¡Que ella habrá servido! Esta gente que viene de no se sabe dónde!... ¡Que tenga una que tratarlas!... *(A Doña Teresa.)* ¿Usted no había estado nunca aquí?

D.ª TERESA No, señora. Mi marido es de aquí.

MARQUESA Ya sé. ¿Y qué le parece a usted nuestra tierra?

D.ª TERESA El campo muy hermoso. En este tiempo mucho frío. Yo siento mucho el frío.

MARQUESA Pues tenemos muy buen invierno. En verano, ya verá usted, tenemos días de mucho calor.

MARQUÉS Nunca excesivo; la máxima es de treinta y dos a la sombra. En invierno sí tenemos mínimas de

ocho bajo cero. Este invierno ha sido excepcional; no ha pasado de cuatro. Constanza, me parece que para una primera visita ya hemos molestado bastante.

D. Remigio De ningún modo. Han tomado ustedes posesión de su casa. Ya tendremos el honor de visitar a ustedes.

Marqués El honor será nuestro. Las señoras de la Junta están muy agradecidas; quieren enviarle a usted un diploma.

Marquesa Señora, hemos tenido tanto gusto en saludarla. Espero que nuestras relaciones se irán estrechando por días. Don Remigio, que Dios le inspire a usted para realizar tanta buena obra. Y a usted no le digo nada, porque los caballeros tienen sus ocupaciones; pero la señora, cuando esté sola, que venga por casa, pero en confianza. Nosotras apenas salimos.

D. Remigio Ya abusará de la bondad de ustedes.

Marqués De ningún modo.

D. Remigio *(Saliendo.)* Señorita, muy linda, muy linda.

Marqués Demasiado; no he de ocultarlo porque sea hija mía; pero me asustan los encantos físicos. ¡Son la desgracia de tantas mujeres!

D. Remigio ¿Quién piensa ahora en desgracias? Será tan dichosa como es linda, y como debe ser, buena.

Marqués Eso sí. No es porque sea hija mía; pero la educación ha sido de lo que no se acostumbra en estos tiempos. Señores, tanto gusto.

D. Remigio Señor Marqués, esta es su casa y un servidor. *(Salen todos acompañándoles. Vuelven Teresa y Remigio.)*

ESCENA X

DOÑA TERESA, DON REMIGIO y después MARTÍN.

D. REMIGIO Ya ves, no son nada orgullosos.
D.ª TERESA No, muy amables.
D. REMIGIO Martín, ya puedes venir. *(Entra Martín.)*
MARTÍN ¿Qué dicen los señores Marqueses?
D. REMIGIO Muy sencillos, muy cariñosos. ¡Qué linda es la hija! *(Entra Tomás.)*
TOMÁS ¡Señor!
D. REMIGIO ¿Cartas? Con tu permiso. *(Tomás sale.)* Vaya, todas pidiendo.
MARTÍN Natural; de eso no te faltará.
D. REMIGIO El Círculo republicano para sus clases de adultos...
MARTÍN Guarda, Pablo.
D. REMIGIO Las Escuelas Evangélicas...
MARTÍN Mucho cuidado.
D. REMIGIO La Sociedad para el Fomento de las Artes Industriales...
MARTÍN Ni la leas.
D. REMIGIO Pero hombre, todas son instituciones muy laudables.
MARTÍN Sí; pero incompatibles. En este mundo no se puede ser bueno para todos. Hay que elegir, porque la gente es de tal modo, que a nadie le importará que no hagas bien a nadie; pero ¡pobre de ti si, al hacer bien a todos, has hecho bien al enemigo de alguien!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA I

DON REMIGIO, examinando unos planos. Después MARTÍN.

MARTÍN ¡Hola, Remigio!; muy ocupado estás.

D. REMIGIO Sí; ¡hola hombre!; ven aquí, mira.

MARTÍN ¿Qué es esto?

D. REMIGIO Los planos de mi escuela.

MARTÍN No entiendo de eso.

D. REMIGIO No tiene mucho que entender. Será magnífica.

MARTÍN Eso dicen.

D. REMIGIO Hoy los han visto muchos señores, y las señoras de la Junta; a todos les gustó; sólo dijeron que faltaba álgo; no quisieron decirme qué. Usted vea... Usted estudie... Falta algo, si no quiere usted que esa escuela nos parezca más perjudicial que otra cosa. ¿Qué crees tú que pueda ser?

MARTÍN Ellos sabrán: podían decirlo y acabarían antes. Me revientan los tapujos.

D. REMIGIO También a mí. Por más que miro...

ESCENA II

DICHOS y PÉREZ MARTÍNEZ.

P. MART.nez Muy buenas tardes.

D. REMIGIO Hombre, llega usted a tiempo.

P. MART.nez ¡Ya sé, ya sé! ¡No se canse usted en buscar, don Remigio! Yo sé lo que falta; es decir, lo que echan de menos esos respetables señores y señoras: una capilla.

D. REMIGIO ¿Y para eso tanto misterio? ¡Dijéranlo de un vez! Es verdad, no pensé en ello; pensé en la escuela, en todo lo que hace falta en una escuela, creí que no faltaba nada. ¡Señor, que no sabe uno cómo acertar con estas gentes! Mismo ayer vino el párroco de Santo Toribio a pedirme para las obras de la parroquia; cuanto me dijo que necesitaba puse a su disposición. A las monjas Clarisas les di también para ropa de altares. ¿Piensan que yo no soy cristiano como el que más? Pero la escuela, la escuela no pensé que necesitara capilla. No porque los muchachos no hayan de tener religión; pero todo tiene su sitio y sus horas. ¡Bien está! Haremos la capilla, y quiera Dios que esas señoras no pidan tantos altares como santos hay en el Cielo.

P. MART.nez Todo ello le está a usted muy bien empleado por haberse puesto en manos de esas señoras. Si me hubiera usted hecho caso...

D. REMIGIO Mire usted, yo no quiero indisponerme con nadie. Lo principal es que haya escuela; de los maestros y de lo que hayan de enseñar ya me cuidaré yo; por lo demás, ¿quieren misas y rosarios y novenas? Bueno está, siempre será menos malo que si empezaran a correr que mi escuela era cosa del demonio o poco menos, y los padres se miraran de mandar a los chicos, y los obispos

por aquí y los curas por allá, y todas esas gentes nos hicieran imposible la vida.

P. MART.nez Contra todos hubiéramos vencido. Ahora ya es tarde. Si usted hubiera confiado en mí, el diario hubiera estado a su disposición. Claro es que para esto hubiera sido preciso asegurarle la vida; porque yo, por desgracia, también he de contemporizar con esas gentes si quiero vivir, y ahora mismo tendré que ponerme de su parte, lo que también me costará disgustos por otro lado. ¡Ya sabe usted lo de la huelga minera!

D. REMIGIO Sí, algo he oído.

P. MART.nez Yo me atreví a insinuar en el diario que los obreros tenían alguna razón en sus pretensiones. ¡No quiera usted saber! Los señores más significativos del Consejo de Administración me amenazaron con el boicot si persistía en esa campaña, y si no persisto, el elemento obrero me lo declarará por su parte, y yo tengo que vivir con todos. ¡Ah, si los que juzgan y censuran supieran que en este mundo nunca se puede hacer lo que se debe sino lo que se puede!

MARTÍN Es verdad, y lo que se debe suele tener la culpa de que sólo se haga lo que se puede.

P. MART.nez ¡Lo que se debe! Es usted un gran socarrón, señor don Martín; pero a mí no me molesta poner las cartas boca arriba cuando estoy entre personas que saben hacerse cargo; personas que han luchado en la vida, que saben lo que cuesta vivir. Hay quien no lo sabe, y quien debiera saberlo y lo ha olvidado para hacernos creer que es de otro barro humano.

D. REMIGIO Eso es lo que yo no comprendo, la intransigencia. Querrá usted creer que el otro día, cuando repartí ropas y juguetes entre los chicos de las escuelas públicas, porque mandé también los mismos regalos a las escuelas protestantes querían comerme.

P. MART.nez ¡Lo creo! ¡Lo creo!

D. REMIGIO ¿Iba yo a hacer diferencias entre las pobres criaturas? Pues no quiera usted saber; a mi pobre mujer la acosaron; vino a casa llorando. Señor, si entre los mismos pobres, que parece que nada debía hermanar tanto como la pobreza...; pues socorra usted a unos, y ya vienen otros iguales suyos a decirle a usted que esa caridad estaba mal hecha, que si es un borracho, que si pega a su mujer y a los niños, que si se hace pasar por pobre y tiene su dinerito ahorrado...

P. MART.nez El hombre es el lobo del hombre, dijo alguien que conocía à los hombres mejor que a los lobos. ¿De suerte que transigirá usted en lo de la capilla?

D. REMIGIO ¿Qué quiere usted que haga? Yo, tocante a religión, tengo mis ideas. Lo principal es lo principal; lo demás, donde fueres, haz lo que vieres. Yo no soy hombre de estudios; he leído algo, he oído mucho a personas que sabían más que yo pueda saber nunca. Como digo, tengo mis ideas; pero no voy a ponerme contra gente respetable; no por mí, por mi pobre mujer, que es así; cree cuanto hay que creer, y Dios me librara de poner una sola duda en su fe, máxime cuando estoy seguro de que en mí tiene tanta, que más había de creer en mí que en cuanto ella ha creído siempre; pero yo digo: Dios me libre; así la quiero. Pero es que ella es cristiana, como debieran serlo todos, señor, sin preguntarle al que socorre: ¿Tú crees todo lo que yo creo? ¿Piensas en todo como yo pienso? ¿Vives como yo quiero que vivas? ¡Señor, que nos vean hacer bien y vivir honestamente, que ya vendrán a creer lo que creemos cuando piensen que por creerlo somos buenos!

P. MART.nez ¡Ay, don Remigio, si usted se atreviera!

D. REMIGIO No, no me atrevo, no. Hacer bien, bueno está;

pero quiero vivir tranquilo..., y si fuera yo solo, ya digo; pero... ¡mi pobre Teresa! Cuando ella vino de casa de la Marquesa hecha un mar de lágrimas... ¡Vamos!... Si me hubiera dejado llevar, le aseguro a usted que me oyen; pero más ha pasado uno, más ha tenido uno que aguantar, y esto, al fin y al cabo, no vale la pena.

P. MART.nez Pues si usted no se atreve, ¿qué puedo yo hacer, don Remigio? Dígame usted, ¿qué puedo yo hacer? Lo que he hecho toda mi vida: contemporizar..., estira y afloja, y aun eso, con habilidad, porque si le ven a usted a su completa devoción, ya no le conceden la menor importancia. Hay que enseñarles los dientes de cuando en cuando; de otro modo abusan, desprecian. ¡Qué gentes! Dígame usted si, por muy de orden que uno sea, no es para desear una revolución.

D. REMIGIO Sí, sería para desearla; pero yo he visto muchas, y, crea usted, a la media hora los de abajo puestos encima ya son lo que eran los que estaban arriba; es decir, peor, porque siquiera aquí hay formas.

P. MART.nez ¿Formas? No se fíe usted. ¡Si formas es endulzar el veneno, solapar la puñalada! Si usted supiera lo que ya dicen esos señores ahora como un susurro, entre ellos, como un santo y seña; pero el día en que usted se sacudiera, el día en que vieran en usted a un contrario, ya lo propalarían por todos los medios. La maledicencia y la calumnia no se detendrían ante lo más respetable: la vida privada de usted, de su familia.

D. REMIGIO ¿Mi vida? Bien clara es, hasta en lo más turbio. Si ellos no lo saben, yo se la contaría, bueno y malo. ¡Todo es mío; de nada reniego!

ESCENA III

DICHOS y TOMÁS.

TOMÁS Con permiso. Por teléfono avisan al señor Pérez Martínez.

P. MART.nez ¿A mí? ¿De la redacción?

TOMÁS No, señor. El señor Ansúrez, que le espera a usted en sus oficinas.

P. MART.nez ¡Ah! ¿Lo ve usted? El asunto de la huelga. Me necesitan. Ahora yo debía hacerme valer, pero me dan lástima estos poderosos, tan cobardes en cuanto ven en peligro su dinero. Diga usted que voy en seguida. *(Sale Tomás.)* ¡Pensar que tendré que ser yo quien les solucione la huelga!

D. REMIGIO No será malo.

P. MART.nez Señores, ¿puedo anunciar que la escuela tendrá capilla?

D. REMIGIO Sí, señor; capilla.

P. MART.nez Diremos iglesia para darle mayor importancia. *(Sale.)*

ESCENA IV

DON REMIGIO y MARTÍN.

D. REMIGIO ¿Tú qué piensas de este hombre?

MARTÍN ¿Qué he de pensar? Un hombre que vive de su trabajo. ¿Te parece poco trabajo? Él, sin duda, pensaba con que tú le descansaras algo. Te advierto que es buena persona; otros lo merecerían menos; sostiene a un familión; como él dice, ha de contentar a todos... Hablan pestes de él los mismos que le adulan cuando le necesitan; pero yo le tengo por un buen hombre.

D. REMIGIO Y no lo dudo, y yo haré por él lo que pueda, sin

que se crea obligado a nada. ¡Yo no quiero peleas, señor! ¡Yo no he venido aquí a pelearme con nadie! ¡Bastante tengo peleado..., para eso hubiera seguido allá en mi brega!

MARTÍN Tienes razón. Pero yo que tú... Siento que vayas a creer que no siento separarme de ti.

D. REMIGIO ¿Qué voy a creer? ¿Qué vas a decirme? «Yo que tú...», decías. ¿Qué harías tú?

MARTÍN Irme a Madrid con mi mujercita. Allí es barco grande, no se sabe unos de otros; con tu dinero puedes vivir allí tan ricamente. Aquí todo es envidia, porque en el fondo no es más que eso, envidia; como no han de decir que es envidia, ¡claro!, dirán que si ganaste el dinero malamente, que si tu mujer no es tu mujer, que si antes de ser tu mujer llevó esta vida o la otra.

D. REMIGIO ¿Qué dices? ¿Quién ha dicho eso?

MARTÍN Lo dirían, lo dirán, lo han dicho. Hasta ahora muy bajito, entre ellos, como te decía Pérez Martínez; pero en cuanto crean que llegó la ocasión, lo gritarán por esas calles.

D. REMIGIO Y si quieren lo gritaré yo antes, y será una buena lección para ellos saber cómo un hombre, un niño, porque un niño grandote de cuerpo, pero niño en todo, era yo cuando salí de aquí como sale una fiera acosada, acosado por los malos tratos de unos malos parientes de mi padre; por el hambre, porque yo no comí un solo día que pudiera decir hoy no tengo hambre; porque mi cama era un montón de hierba sucia, y las mejores palabras que oía eran bruto, zopenco, holgazán, que no vales el pan que comes, y así me fuí mar adelante, y así me encontré solo, perdido entre mucha gente, que ni me miraba siquiera. Yo no era nada, nada. Aquí aún me consolaba llorando; allí no lloré, porque ¿para qué iba a llorar? En aquellas ciudades de tráfico todos van sin mirarse unos a otros, todos miran adonde

van, por donde van no mira nadie. Cuando alguien se fijó en mí, no fué como en un semejante, fué como en un animal útil que conviene para el trabajo, y... ¡el trabajador entonces!... Ahora, el trabajo, con todo, ya es algo; ¡pero en aquel tiempo!... Dicen que no hay esclavos. Yo no sé que un esclavo fuera de peor condición que lo éramos muchos en aquellas tierras... Lo bueno es que se endurece el corazón, y la conciencia sólo le acusa a uno de no ganar bastante dinero, y se gana sea como sea, porque el dinero es lo único que te da dignidad de persona, lo único que te permite instruirte, aprender, ser hombre, no bestia de labor o pieza de máquina... Y ya me ves, todo lo que soy lo soy por mí mismo, a nadie debo nada; hasta lo malo que pude hacer y no lo niego; sólo yo, por mí, puedo tener remordimientos; pero por muchas cuentas que pudieran pedirme, más tendría yo que pedir... de mis hijos que se me murieron; unos, de la crianza miserable, de la vivienda infecta; otros, que tuvieron que separarse de mí porque otra vida más halagüeña les llamaba y no podía yo detenerles. ¡Y esa pobre mujer, mi Teresa! ¿Yo qué iba a preguntarla cuando la conocí y nos quisimos? No teníamos que preguntarnos nada. Ella fué con sus padres, allí los perdió, allí se vió sola muy joven, allí padeció esclavitud como yo. La esclavitud para la mujer es más despiadada. ¿Con qué derecho iba yo a preguntarle cuál ha sido su vida? La vida no es lo que se ha sido, es lo que se ha de ser. Lo mismo que nosotros, se hicieron aquellos pueblos. De muchas miserias salió toda su grandeza. Allí fué mucho malo de España; de todo salió algo grande, fuerte, hermoso... Ya ves si puedo contarles la vida, que es mi historia, y es un poco también historia de España.

ESCENA V

DICHOS, DOÑA TERESA, DOÑA ROSA y PURITA.

D.ª TERESA ¡Remigio!

D. REMIGIO ¿Qué quieres, mujer? ¡Ah! ¡Señoras!

D.ª TERESA Doña Rosa y su hermana, que vinieron a visitarme, y no querían irse sin saludarte.

D. REMIGIO Muy señoras mías...

D.ª ROSA Sí, señor, no queríamos irnos sin saludarle. Su señora le dirá a usted lo que hemos hablado. Digo, no sé; hoy parece que está un poco más sorda.

D. REMIGIO Sí, la pobre tiene días. Criar cinco hijos, enfermedades, disgustos...; por algún lado tiene que resentirse la naturaleza. A mí antes me afligía su padecimiento; ahora casi la envidio, por no oír algunas veces...

D.ª ROSA Puede que tenga usted razón.

D. REMIGIO Pero ¿no se sientan ustedes?

D.ª ROSA No; si ya nos vamos. Sólo queríamos saludar a usted y repetirle lo que ya hemos dicho a su señora : que no haga mucho caso de la Marquesa. Ayer estuvo algo imprudente; la cosa no valía la pena; usted hizo lo que hizo con la mejor intención.

D. REMIGIO Eso sí.

D.ª ROSA Nosotras, aunque de la Junta, no somos como la Marquesa y las otras señoras de la Junta. Mi hermana estuvo a punto de pelearse con la de Rebolledo, que bien sabe Dios, y no es sólo Dios el que lo sabe, que mejor le estaría no puritanizar, porque, después del escándalo de la boda de su hija...

PURITA Nosotras, crea usted que si somos de la Junta es porque en estos pueblos no puede una significarse; pero yo tengo un espíritu muy liberal,

como nuestro pobre hermano, que, también, como usted, pasó su juventud en América, y, como es natural, tenía ideas muy avanzadas, también le amargaron la vida. Por eso nosotras no estamos muy conformes con lo que sucedió ayer tarde en la Junta; ya se lo hemos dicho a su señora. En cuanto a lo de hoy, ha sido otra impertinencia. Ya sabrá usted que lo que la señora Marquesa echaba de menos en los planos era una capilla.

D. Remigio Sí, ya he sabido. Pues habrá capilla; no hay que apurarse.

D.ª Rosa Eso dije yo.

Purita Eso dijimos nosotras: Don Remigio, ocupado con la parte práctica de la escuela, no ha reparado en ese detalle.

D.ª Rosa No quiera usted saber cómo se pusieron al oír que la capilla no era más que un detalle. Y que la Marquesa, cuando se acuerda de sus principios, es una rabanera.

Purita Por fortuna, yo tampoco me muerdo la lengua.

D.ª Rosa Mi hermana la dijo cosas muy fuertes, y yo tampoco me callé nada.

D. Remigio Cuánto siento que por mí...

D.ª Rosa Nosotras les apreciamos a ustedes mucho, y lamentaríamos que nos confundieran ustedes con esas otras señoras. Yo sé que ellas siempre nos han mirado con prevención.

Purita Como la Marquesa sabe muy bien que nosotras estamos muy enteradas de por qué fué deshacerse la boda de Carolinita con el hijo de los Villapancorbo, que ellas lo han explicado de un modo, y fué de otro; de ahí que nos pase, pero no nos trague, como suele decirse.

D. Remigio Nosotros no estamos enterados de nada. Teresa, la pobre, aunque se lo cuentan, con su sordera..., y yo no soy amigo de averiguar vidas ajenas.

D.ª Rosa Como toda persona de entendimiento y de edu-

cación; pero no pida usted educación ni entendimiento a todo el mundo. Si yo fuera que su señora de usted, en la posición de ustedes...

D. REMIGIO Teresa, como yo, sólo desea vivir en paz con todo el mundo.

D.ª ROSA Eso quisiéramos todos; pero ¿es posible? Ustedes lo están viendo. La Marquesa no puede consentir que nadie sobresalga por ningún estilo. Con ustedes han hecho como que transigen, pero en el fondo sólo esperan una ocasión para ponerles a ustedes frente a todo el mundo. ¡Créame usted a mí, que la conozco: es una mala pécora! Su señora de usted podría organizar una nueva Junta benéfica; yo estoy segura de que la mejor sociedad se iría con ella. Estamos muy cansadas del despotismo de la Marquesa y de otras tres o cuatro por el estilo.

PURITA Y después de todo, no crea usted que ellas han dado nunca una peseta para la Junta. Todo lo mangonean con el dinero de los demás.

D.ª ROSA Y la cuentas no están siempre muy claras.

D. REMIGIO ¡Por Dios, señora, yo no creo...!

D.ª ROSA Nosotras tampoco, ¡Dios nos libre!, pero ellos no tienen posición para vivir como viven.

ESCENA VI

DICHOS, la MARQUESA y CAROLINA.

MARQUESA ¡Ah, señores!...

D.ª ROSA ¡Señora Marquesa!...

PURITA Señora Marquesa, ¿cómo está usted? ¿Y tú, preciosa?

D.ª TERESA ¡Señora Marquesa!...

MARQUESA No me agradezcan ustedes la visita; nos hemos refugiado aquí, porque ¿no saben ustedes lo que pasa?

D.ª ROSA No. ¿Qué ocurre? ¡Me asusta usted!

D. Remigio ¿Qué es ello, señora?
D.ª Teresa ¿Qué dice?
Martín Ahora sabremos.
Marquesa ¡Callen ustedes! ¡Qué susto! Hay carreras, han cerrado las tiendas y los portales.
Purita ¡Jesús! ¡La huelga!
Marquesa Habíamos salido Carolinita y yo a hacer unas compras, y al entrar en la calle de Pañeros, gritos, la gente que corría despavorida...
D.ª Rosa ¡Dios nos coja confesados!
D. Remigio Pero no será nada; voy a ver qué pasa. ¿Vamos, Martín?
Marquesa No salgan ustedes; vean ustedes desde un balcón, si acaso. Dicen que son las mujeres de los huelguistas, que han venido en manifestación. Van gritando como energúmenos; llevan a sus chiquillos.
D.ª Rosa ¡Qué espectáculo! ¿Y las autoridades?
Marquesa Ya sabe usted qué autoridades tenemos. Ustedes perdonen, a mí me tiemblan las carnes. Carolinita creí que se caía redonda.
Carolina No hagan ustedes caso; yo no he tenido miedo.
Marquesa ¡Como tú no sabes lo que es esa gente! ¡Los que hemos visto lo del año noventa y ocho...!
D.ª Rosa Yo se lo he oído contar a mamá muchas veces.
Purita A mí me lo ha contado mi hermana.
Marquesa Pues ya debían ustedes tener conocimiento en aquella fecha. ¿No oyen ustedes?
Purita ¡Sí, sí, qué gritos! ¿Qué dicen? *(A D. Remigio y Martín, que vuelven con el Marqués.)*

ESCENA VII

Dichos y el MARQUÉS.

Purita ¿Qué dicen? ¿Qué ocurre? ¿Qué han visto ustedes?
Marquesa ¿Y has dado con nosotras?

MARQUÉS Sí, como sabía que habíais salido. Me dijeron que estabais aquí... ¿No os ha ocurrido nada?

MARQUESA Ya lo ves; pero ¡qué susto! ¿Qué sucede, digan ustedes?

D. REMIGIO Nada; esas pobres mujeres; no se meten con nadie, gritan.

D.ª TERESA Sí, oigan ustedes: «Queremos pan para nuestros hijos», dicen. ¡Pobres!

MARQUESA ¿Las oye usted desde aquí?

MARTÍN Sí; los sordos de oído las oyen; los sordos de corazón, ni las escuchan: son los que tienen ojos y no ven, oidos y no oyen.

MARQUESA Don Martín, no nos venga usted con discursos de la Casa del Pueblo, que usted siempre ha sido de la cáscara amarga.

MARTÍN ¡Señoras, si es el Evangelio!

MARQUESA ¡Lo será para usted! ¡Ay, por más que digan ustedes, tengo mucho miedo!

MARTÍN *(A D. Remigio.)* ¿Qué te parece? ¡Se llaman cristianas, y el Evangelio les parece revolucionario!

D. REMIGIO ¡Pobres mujeres! ¡Pobre gente!

MARQUÉS Le aseguro a usted que no tienen razón en este caso. La Sociedad Minera ha hecho ya todas las concesiones posibles. ¡No sé adónde vamos a parar! ¡Le aseguro a usted que no tienen razón!

D. REMIGIO Aunque no la tuvieran. Han tenido tanto tiempo razón, como todos los oprimidos, que bien tienen derecho a no tenerla alguna vez. Yo, por mi parte, socorreré en lo que pueda a esas infelices.

MARQUÉS ¿Qué dice usted? ¡No nos faltaría otra cosa! No, eso sería alentarles, darles fuerza. ¡No se lo consentiríamos a usted!

D. REMIGIO Señor Marqués, yo no necesito el consentimiento de nadie para hacer lo que me parezca.

MARQUESA Se atendrá usted a las consecuencias.

MARQUÉS ¡Eso es! Ya sabíamos que, tarde o temprano, saldría usted con algún esperpento.

D.ª TERESA. ¿Qué dicen?

D.ª ROSA ¡Marquesa! ¡Por Dios, señores!

PURITA No es éste el momento de dividirnos.

MARQUESA ¡Déjenle ustedes! ¡Es natural que le tiren los suyos!

D. REMIGIO ¡Los míos, sí, es verdad!

MARQUESA La culpa la tenemos nosotros, por alternar con gentes advenedizas.

D. REMIGIO ¡Sí, es verdad! ¡Todo es verdad!

D.ª ROSA ¡Pero, señores! ¡Marquesa! ¡Señores! ¡No la oigan ustedes!

D. REMIGIO ¡Sí, son los míos..., los míos...! Yo, que he visto morir a mis hijos de hambre y de miseria...; yo, que perdí otros hijos, porque, más fuertes, no quisieron resignarse a padecer con nosotros...; yo, que sé lo que quieren decir esos gritos «Queremos pan para nuestros hijos», ¿cómo no he de estar de su parte? Yo he sido como ellos explotado, y he sido también explotador como ustedes, y tal vez por eso soy rico, pero lo menos que puede dar el dinero es el derecho a rescatar nuestra conciencia. Yo he rescatado la mía, y por todo lo que me acusa, menos de lo que yo puedo acusar, correré a decirles: «Mientras yo pueda, vuestros hijos no tendrán hambre, como la tuve yo, como la tuvieron los míos.»

MARQUESA Eso es. Vaya usted con esa chusma.

MARQUÉS Contribuya usted a perturbar el orden social.

D. REMIGIO Pero... ¿a qué llaman ustedes orden social? Oigan ustedes esas voces; ése es el verdadero orden social: «¡Queremos pan para nuestros hijos!»

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA I

DOÑA TERESA, MARTÍN y MARIONA.

MARIONA Vaya, mi señora doña Teresa, no nos llore así. Yo no sé que puede haberle sucedido; pero bien creí que le daba algo cuando llegó hará poco.

MARTÍN ¿Pero qué le ha sucedido a usted?

D.ª TERESA Nada, Martín, nada. Ya le contaré. No diga nada a Remigio. No está en casa, ¿verdad?

MARIONA No, señora; salió poco después que la señora. No parecía muy contento tampoco.

D.ª TERESA ¡Jesús, Jesús! Por él lo siento; se han propuesto quitarle la vida.

MARTÍN Tonto sería si se dejara. Vaya, doña Teresa... ¡Tú, Mariona, tráela un poco de agua!

D.ª TERESA No, no, déjate estar. Anda para allá dentro y no cuentes nada. Ya se me pasó; no fué nada... Anda te digo.

MARIONA Bien está, señora. Si no manda otra cosa. *(Sale.)*

ESCENA II

DOÑA TERESA y MARTÍN.

MARTÍN ¿Qué le pasa, vamos a ver?

D.ª TERESA ¡Calle usted, Martín; calle, por Dios! ¡Mayor vergüenza! Ya sabe usted que hoy era la misa anual en sufragio de las señoras de la Junta fallecidas. Me fuí a la iglesia, me senté entre las demás señoras, y rezando me estaba sin mirar a parte alguna, sin darme cuenta de nada, y cuando miro, veo que todas las señoras se han levantado y me han dejado sola, sola en aquel apartado grande que hay en la iglesia para ellas, y todo el mundo miraba para mí, y sin respeto a la casa de Dios, todo eran cuchicheos y aspavientos de unos y de otros. Ya comprende usted... ¡Creí caerme redonda del sofoco! ¡Ya ve usted qué sofoco! Y ¿por qué, señor, por qué? ¿Porque mi Remigio haya socorrido a esas infelices mujeres de los huelguistas y a sus hijos? ¿Porque haya dicho que ya no pone capilla en la escuela y que hará sus caridades como mejor le parezca? ¿Y tengo yo la culpa de ello? ¿Y es razón para afrentarme delante de todo el mundo, como si yo fuera la mujer más despreciable? ¿Ni aun así, en la casa de Dios, estaría bien hecho? ¡No lo hizo Él con mayores pecadoras que yo!

MARTÍN Es que hay clases, señora. Él era Él; esas señoras son lo que son. Más perjuicio dan con esas cosas a la Religión, que cien herejías. Pero no haga usted caso, ríase de todo, y Remigio también. ¿Quiere que le diga lo que hay en el fondo de todo ello? Envidia, y nada más que envidia. Ven que tienen ustedes más dinero; que hacen ustedes por este pueblo lo que ellos nunca hicieron,

y se pelan de envidia. ¡Sacos de vanidad!, y como la envidia nunca se declara, porque es cosa tan fea, dicen... ¡Qué voy a decirle a usted lo que dicen!

D.ª TERESA Sí, ya lo sé: que mi Remigio y yo hemos sido cualquier cosa. ¿No es eso? Que él hizo su dinero de mala manera, y que yo andaba de peor todavía antes de conocerle. ¿No es eso? No crea usted que, aunque no oigo muy bien, de todo me entero. Hasta los periódicos dan a entender esas cosas... ¡Y pensar que si hubiéramos venido aquí a gastar nuestro dinero, sin hacer nada por nadie, a darnos buena vida nada más, no tendrían que decir nada!

MARTÍN También dirían. Pues si les vieran a ustedes vivir sin disgustos... Eso si que no podrían consentirlo. El verles a ustedes disgustados, aún les aplaca un poco, y si les vieran a ustedes arruinados, enfermos, muy caídos y muy acabados, se pondrían a compadecerles, y harían que les perdonaban todo eso, sí, diciendo antes: «¡Bien empleado les está todo!» No, si el natural de las personas es buena.

D.ª TERESA No le diga nada a Remigio. ¡Por la Virgen! No quiero que tenga más disgustos; ya le han dado bastantes en estos días.

MARTÍN ¿Cree usted que ya no se lo habrán dicho con la mejor intención?

D.ª TERESA ¡Ya, ya! ¡Con la ilusión que Remigio venía a su tierra! Yo nunca tuve mucha; por mí allá nos hubiéramos quedado; aunque sin los hijos, también allá era mucha tristeza.

MARTÍN Remigio viene.

D.ª TERESA ¡Por Dios, no le diga nada!

ESCENA III

Dichos y DON REMIGIO, aparentando alegría.

D. Remigio ¡Hola! ¿Ya terminó la función de Iglesia?

D.ª Teresa No, me salí antes; no estaba muy buena.

D. Remigio ¿Qué te pasa?

D.ª Teresa Qué se yo, un mareo. *(Aparte a Martín.)* No creo que sepa...

Martín Temprano has salido.

D. Remigio Sí, tenía convidados a unos mozos de los mineros; almorzaron conmigo en casa de Francisco.

Martín Muy democrático andas.

D. Remigio Ojalá hubiera andado así desde que llegué. Si vieras...; lo he pasado muy bien oyéndoles y contándoles yo de mis cosas de allá, y comiendo y bebiendo como uno de ellos.

D.ª Teresa ¿Estás contento?

D. Remigio Sí lo estoy. ¡Ea, Martín, vamos a beber nosotros también! Que nos traigan unas lonchas de jamón y de aquel vinillo de regalo.

Martín Sí, estás en ello.

D.ª Teresa Voy a traerlo.

D. Remigio Avisa a una muchacha.

D.ª Teresa No, deja, ¿qué me cuesta? *(Sale.)*

D. Remigio ¿Te ha dicho Teresa lo que le ha sucedido hoy en la iglesia?

Martín ¡Ah! ¿Lo sabes? Yo creí...

D. Remigio No quiero que ella vea que yo lo sé; más lo sentiría ella entonces, y no quiero afligirla.

Martín Bien haces. *(Vuelve doña Teresa con el vino y el jamón.)*

D. Remigio ¡Martín, aún somos jóvenes, qué diablo!

D.ª Teresa Aquí está todo. ¡Qué alegría me da verte tan contento!

D. Remigio Sí, lo estoy. ¿Por qué no he de estarlo? Y tú también, anda, siéntate con nosotros; figúrate que

somos pobres y que hoy tenemos con qué regalarnos, como... ¿Te acuerdas los días que nosotros, con mucho apetito, fingíamos estar desganados, para que los hijos tuvieran más que comer?

D.ª TERESA ¡Hijos míos!

D. REMIGIO ¡Qué vida ésta, nunca hay nada cabal!

MARTÍN Así es.

D. REMIGIO *(Besando a Teresa.)* ¡Mi vieja!

D.ª TERESA ¿Qué haces, loco?

MARTÍN Deje, doña Teresa, hace bien. ¿En quién ha de mirarse, más que en usted?

D. REMIGIO Pues, ¿a quién tengo yo en el mundo? ¡Bendita mía! ¡Madre, hermana, novia, mujer, santa..., todo!

D.ª TERESA ¿Qué te dió, que lloras ahora?

D. REMIGIO Deja, que es bueno llorar así.

MARTÍN ¡No llores! ¡Qué chiquillo!

D. REMIGIO Tú también eres bueno, Martín. Así los dos. ¡Ay, madre, qué bueno es llorar así! ¡Cómo se limpia el corazón de todo lo amargo! ¡Qué bien estoy ya! ¡Vamos, Teresa, que ese llanto tuyo no es como el mío, no es alegre! Tú estás triste y yo no quiero verte triste nunca; por algún recuerdo, aún pase; pero por lo de ahora, por nada; ¿entiendes?, tú vales más que todo.

MARTÍN Eso y todo debe importarles nada. Váyanse a Madrid y dense buena vida, y dejen a estos envidiosos, falsos, que nunca podrán verse así, como ahora nosotros.

ESCENA IV

DICHOS y TOMÁS.

TOMÁS ¡Don Remigio!

D. REMIGIO ¿Qué hay, Tomás?

TOMÁS *(Dándole una tarjeta.)* Este señor quiere hablar con usted.

D. Remigio León Ansúrez. ¿Qué traerá?

Martín Es echadizo del marqués. Uno de los que aquí caciquean. Él dirá.

D. Remigio Mal ando hoy de paciencia; si viene con historias...

Martín No creo. Yo sé que andan buscándote las vueltas para venir a buenas. Cuentan con tu dinero para muchas cosas.

D. Remigio Pues no hagan muchas cuentas, que yo, por mí, lo perdonaría todo; pero esto que hicieron hoy con mi Teresa esas señoras, eso no lo perdono.

Martín Si has de recibirle, no le hagas esperar, que te dirán orgulloso.

D. Remigio ¿Porque le hice esperar? ¡No he esperado yo poco en esta vida, y de peor manera! *(A Tomás.)* Dile que pase. *(Sale Tomás.)* Ve con Teresa, y no le digas que yo sé...

Martín ¿Qué he de decirle? También ella me dijo que no te dijera nada, por no disgustarte.

D. Remigio Así es, ¡santa mía! Lo que le hicieron no lo perdono, no; eso no lo perdono.

Martín ¿Vamos, doña Teresa?

D.ª Teresa ¿No es nada malo?

Martín No, señora; no tenga cuidado. *(Salen doña Teresa y Martín.)*

ESCENA V

DON REMIGIO y ANSÚREZ.

Ansúrez Señor don Remigio, ¿cómo está usted?

D. Remigio Perfectamente. Hágame el favor.

Ansúrez *(Sentandose.)* Gracias. Extrañará usted mi visita.

D. Remigio Hasta ahora, no. Cuando haya usted hablado, veré si hay de qué espantarme.

Ansúrez Elementos muy significados de la población han visto con disgusto la actitud de usted ante el conflicto minero.

D. REMIGIO ¿Mi actitud? ¿Porque he socorrido a esas pobres mujeres, a sus hijitos?...

ANSÚREZ No es eso todo. Eso, al fin, sería un sentimentalismo disculpable en quien, como usted, por las vicisitudes de su vida, ha pasado por todo.

D. REMIGIO En efecto; he pasado mucho. Por eso me hago cargo de todo.

ANSÚREZ No lo parece, porque usted ha sido también hombre de negocios; usted habrá soportado también las exigencias de sus obreros.

D. REMIGIO También, es cierto.

ANSÚREZ Usted sabe de números.

D. REMIGIO ¡He peleado tanto con ellos!

ANSÚREZ Entonces debía usted saber que las concesiones de nuestra Sociedad Minera han llegado al límite; ya hicimos cuanto podía hacerse por evitar otra huelga. Hoy, usted lo sabe, la mina no produce lo que cuesta, las acciones están por los suelos; para intensificar la explotación sería preciso gastar un dineral en nueva maquinaria, en trabajos, y el capital no tiene hoy confianza en la industria, desconfianza muy justificada ante las exigencias crecientes de los trabajadores.

D. REMIGIO Nada de eso discuto. El trabajador exige más cada día, porque la vida cuesta más cada día, pero él defiende lo necesario; ustedes, nosotros, si usted quiere, defendemos lo superfluo.

ANSÚREZ Me da pena oírle discutir a usted así. Lo superfluo es también trabajo, es ganancia para el trabajador. Suprima usted lo superfluo y verá usted echarse a la calle a millares de obreros sin trabajo.

D. REMIGIO Sí, es posible; así está el mundo, y tiene mal arreglo. Volver lo de arriba abajo, sería lo mismo. Igualar a todos..., yo sería el primero en protestar contra esa igualdad; a mí mismo me parecería injusto que un holgazán o un vicioso fuera igual a mí, que he trabajado tanto y he sufrido

tanto, mientras otros... Solo que ustedes dicen: «¿Pero qué querrán esos obreros? ¿Dónde llegarán en sus pretensiones? ¿Quieren tener automóvil?» A mí me parecería mejor ver llegar a su trabajo en su automóvil a un obrero, que ver a tanto señorito vago, sin más profesión que ser hijo de familia rica, atropellando gente con el suyo, para no ir nunca a cosa de provecho. Es mi modo de ver.

ANSÚREZ Es salirse de la cuestión, don Remigio: si usted tuviera hijos, quizá fueran también señoritos ociosos.

D. REMIGIO Es posible. Que no lo sean es lo único que me consuela de haberlos perdido.

ANSÚREZ Y tampoco la vagancia es patrimonio de los ricos.

D. REMIGIO Es verdad, tampoco; ni estaría bien que hasta ahí llegaran los privilegios.

ANSÚREZ En resumen, señor don Remigio, que está usted muy satisfecho de haberse situado en contra nuestra.

D. REMIGIO Pero ¿a qué llaman ustedes en contra suya? ¿Por qué?

ANSÚREZ Con sus donativos ha dado usted fuerza a los huelguistas, les ha envalentonado usted, y no contento con eso, hoy les ha reunido usted en un tabernucho incitándoles a la resistencia, a la rebeldía. Todas las personas respetables censuran duramente la conducta de usted en estas circunstancias.

D. REMIGIO ¿Yo? ¿Que yo los he reunido? Si sólo fueron cuatro o cinco con los que estuve merendando y bebiendo unas copas, y de todo se habló menos de la huelga, y pueden ustedes agradecer que entre ellos me expansionara, que así haya olvidado lo que hicieron hoy esas señoras con mi mujer en la iglesia, el desprecio tan grande de esa pobre, que ninguna de esas señoras merece besar donde ella pisa.

ANSÚREZ Poco a poco, don Remigio; esas señoras son tan respetables como la que más lo sea.

D. REMIGIO Muy respetables todas; pero pudieron respetar a la pobre, que cualquiera hora de su vida significa más virtud, más honra y más trabajo que toda la vida de esas señoronas acomodadas. ¿Qué saben ellas lo que son días de hambre? ¿Qué saben ellas lo que es ver con hambre a los hijos? ¿Qué saben ellas lo que es no poder guardar a las hijas, porque hay que echarse cada uno por su lado a ganar el pan de cada día? El pan de cada día que ellas pueden pedir rezando muy seguras de que no ha de faltarles nunca, y nosotros pedíamos muchas veces blasfemando, porque muchas veces no llegaba y era el pan que pedían los hijos.

ANSÚREZ Ya se ve que no ha perdonado usted a la sociedad, como si nadie tuviera la culpa.

D. REMIGIO Aquello sí lo perdono; esto no, porque yo vine, no a ennoblecerme por el dinero, ya sé que no puede uno ennoblecerse por el dinero; pero al dinero sí puede uno ennoblecerlo empleándolo en hacer bien, y eso quise. ¿Y qué ha sucedido? ¡Usted lo sabe!

ANSÚREZ Sucede que su dinero de usted, muy mal empleado, vino a ser semilla de anarquía, de desorden.

D. REMIGIO Pero ¿qué anarquía, señor? ¡Si son ustedes los que hacen los anarquistas con sus intransigencias, con sus egoísmos!

ANSÚREZ Puede usted estar satisfecho, y si ha creído usted congratularse con los de abajo, lea usted este periódico, el de ellos, lea usted, lea usted.

D. REMIGIO ¿Qué dice?

ANSÚREZ Lea, lea. Así le agradecen a usted su protección, su apoyo.

D. REMIGIO ¿Que yo pretendo sobornarles? ¿Que mi caridad es una humillación que los obreros no deben aceptar? ¿Que yo soy de los explotadores, y

aunque diera ahora todo lo que tengo no haría más que devolver lo que he robado? ¡Robado! ¡En donde yo lo robé quisiera verlos a ellos...! Pero no, yo lo sé, no son ellos, pobres ilusos, pobres engañados... Esto no es cosa de ellos, es de los que les guían, de los que les explotan, porque todos son a explotarles, unos en su pobre condición social, otros en su pobre inteligencia. Estos que se llaman directores son los que les apartan de todo el que se acerca con buena intención, porque creen que vamos a disputarles su plataforma. Conozco bien a estos directores, a mí también me engañaron. ¡Pobre pueblo! ¡Rebaño siempre! Cuando se cree libre, porque deja de seguir a uno, es para seguir a otro que le engaña también. Sé de los hombres; sé que malos son los de arriba y malos los de abajo, porque el mal y la ignorancia se dan la mano. Todo es lo mismo. Por eso yo pensaba sólo en los niños, en hacer por ellos, enseñar, educar a los que han de venir. Esa es la única revolución posible: meter luz en las cabezas y calor en los corazones. ¡Pero ahora..., al leer ésto!... ¡Es muy triste, muy triste!

ANSÚREZ Ahí tiene usted. Se vuelven contra usted, dicen que usted les ha engañado, maldicen de usted.

D. REMIGIO Sí, ya no falta nada. ¿Era eso lo que ustedes querían?

ANSÚREZ Don Remigio, con franqueza, con lealtad: le conviene a usted marcharse de aquí.

D. REMIGIO ¿Ustedes lo mandan?

ANSÚREZ Es consejo.

D. REMIGIO Conozco sus consejos; sé de lo que serían ustedes capaces entre unos y otros, y no quiero, y no quiero, no. ¡Alfilerazos, alfilerazos! Que si uno se quejara aún le dirían: «Pero ¿de qué se queja?» ¡Alfilerazos!; pero uno, y otro, y otro, hieren como una puñalada. Bien está; seré cobarde, y

ho por mí, aunque bien pudiera serlo; ¡he gastado tanto valor en la vida!..., y cuando se ha sido muy valiente, lo que no acobarda al pasar los peligros, acobarda recordar haberlos pasado. No por mí, por esa pobre mía, que no tengo derecho a sacrificar.

ANSÚREZ Pueden ustedes vivir tan tranquilos, si es que no insiste usted en buscarse disgustos.

D. REMIGIO No; tiene usted razón; viviremos tranquilos, si es que no les da envidia también vernos vivir tranquilos. ¿Nada más tenía usted que decirme?

ANSÚREZ Si usted no ha de escucharme, ¿para qué? Nada más, don Remigio. Beso a usted la mano.

D. REMIGIO Vaya con Dios, vaya. *(Sale Ansúrez.)*

ESCENA VI

DON REMIGIO, DOÑA TERESA y MARTÍN.

D.ª TERESA ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿A qué ha venido?

MARTÍN ¿Qué fué?

D. REMIGIO Nada; lee aquí.

MARTÍN Ya lo leí, ya lo sabía. ¿Qué dices? ¿Me crees ahora? A Madrid, que es barco grande; a vivir tranquilos.

D. REMIGIO Eso, sí, tranquilos; a vivir tranquilos. ¡Todos me lo dicen! ¡Para nosotros, sólo para nosotros! ¿No es eso? A no hacer nada, a no pensar en nada, a no importarnos nada de nadie. Nuestro dinero..., nuestra casita..., lo nuestro, lo nuestro...; a defenderlo, a guardarlo para nosotros, sólo para nosotros. ¡Ven aquí, vieja; verás qué buena vida nos damos!, ¡qué buena vida!

D.ª TERESA Eso dices; pero no te veo contento como estabas.

D. REMIGIO Sí, muy contento. ¿No lo ves?

D.ª TERESA No; te conozco bien; a mí no me engañas.

D. REMIGIO Es verdad, me conoces, y no puedo engañarte. ¡Estoy muy triste!

D.ª TERESA Pues eso tampoco, eso no; no me estés triste.

D. REMIGIO Sí, mi vieja, muy triste, es verdad. Hoy he perdido más que mis hijos: he perdido todas mis ilusiones.

MARTÍN ¿Tus ilusiones? ¿Para eso anduviste tanto por el mundo, para no conocerlo? ¿Pero tú te creías de la gente?

D. REMIGIO De la gente no me creí nunca, pero creía en mí. Me creía capaz de hacer mucho bien, por lo malo que pude hacer, y he perdido esa fe, la que me costó tanto..., por la que trabajé tanto y nada vale. ¿Qué vale el dinero si no nos da satisfacción? Se afana uno por tenerlo, piensa uno que será la tranquilidad, y no lo es nunca: siempre es guerra el dinero. ¡Guerra por ganarlo!, ¡guerra por defenderlo!, ¡guerra hasta para hacer bien con él! ¡Todos lo envidian, porque todos le quieren! ¡De todos es enemigo! Los de arriba te dicen: «Vienes de muy abajo; no te queremos.» Los de abajo: «No te queremos; ya eres de los de arriba.» Te miran como a un traidor, sólo porque ya tienes lo que ellos quisieran tener, y no pudieron o no hicieron por tenerlo. Guerra es siempre el dinero. Bien dicen que por el dinero son las guerras del mundo... ¡Y toda mi vida trabajé por ganarlo!... ¡Mal negocio fué éste, Martín, mal negocio, y en él eché toda mi vida... ¡He perdido mi vida! ¡He perdido mi vida!...

FIN DE LA COMEDIA

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.

!Libertad!, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«*No fumadores*», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manón Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los Buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.

El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El Destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)
La ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados.)*
De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.
El mal que nos hacen, comedia en tres actos.
De cerca, comedia en un acto.
Los cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.
La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.
La ley de los hijos, comedia en tres actos.
Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.
La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.
La honra de los hombres, comedia en dos actos.
El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.
La Cenicienta, comedia de magia en tres actos y un prólogo.
Una señora, novela escénica en tres actos.
Una pobre mujer, drama en tres actos.
Más allá de la muerte, drama en tres actos.
Por qué se quitó Juan de la bebida, monólogo.
Lecciones de buen amor, comedia en tres actos.
Un par de botas, comedia en un acto.
La otra honra, comedia en tres actos.
La virtud sospechosa, comedia en tres actos.

Nadie sabe lo que quiere o el bailarín y el trabajador, humorada en tres actos.
Alfilerazos, comedia en tres actos.
Los nuevos yernos, comedia en tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La Sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.
La fuerza bruta, dos actos, música de Chaves.

Precio: **2,50** pesetas.